

HOSPITALIDAD NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

SERVICIO SANTA BERNARDITA

FORMACIÓN

MÓDULO -2-

INTRODUCCIÓN

Ser hospitalario es una vocación, es decir, una respuesta a una llamada. Una llamada a la santidad.

Una de las características de la santidad es el servicio, particularmente el servicio a los más pequeños, a los pobres y a los enfermos: "Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt.25,40).

En Lourdes, María invita a Bernardita "a venir durante quince días", no para hacer nada, sino para descubrir "otro mundo". Este "otro mundo" es el de la santidad, a imagen y semejanza de Cristo, Él que vino "no para ser servido, sino a servir". Pero también a imagen y semejanza de María "la sirvienta del Señor".

En este segundo módulo de formación, les invito a entrar con su corazón y con su inteligencia en lo que constituye lo esencial de nuestra vida cristiana, es decir, nuestra relación espiritual con Dios y nuestros hermanos.

Cuando hablamos de relación espiritual, tocamos la fuente misma de nuestra vida espiritual que es la persona del Espíritu Santo. Espíritu Santo que nos ha sido dado para hacer de nosotros los hijos amados del Padre, a imagen y semejanza del Hijo Único de Dios: Cristo.

En el texto que sigue, encontrará un breve desarrollo de la identidad de la espiritualidad cristiana, de sus fuentes (tema en el que se profundizará en el segundo módulo) y de la espiritualidad del espíritu hospitalario.

Que estas páginas nos ayuden a formarnos en la escuela de María, Señora de la vida espiritual.

P. Horacio Brito

Capellán General de la Hospitalidad N.D. de Lourdes.

I. ¿QUÉ ES LA ESPIRITUALIDAD?

Para responder a esta pregunta, recurriré a un testimonio del que me han hablado y a una parábola.

"La espiritualidad se parece al agua que mantiene húmeda la hierba para esté siempre verde y creciendo". La humedad de la hierba no se ve, pero sin ella, la hierba se seca. Lo que se ve, es el color de la hierba, pero para ello, hay que regarla y cuidarla regularmente". Con la simplicidad de esta parábola, una persona intentaba explicar lo que es la espiritualidad.

La hierba simboliza todos nuestros hechos y gestos de la vida cotidiana. Significa el conjunto de nuestros proyectos que dan sentido a nuestra vida: la lucha por la justicia, mejorar las situaciones de precariedad, estar al servicio de los demás. El arte y la cultura también forman parte de lo que da sentido a nuestra existencia. Pero estos grandes ideales también pueden ser los de todos los días: fundar una familia, realizarse en el trabajo, tener amigos, entretenimientos, etc... Todas estas bellas esperanzas, estos grandes ideales necesitan "agua", "humedad", es decir, necesitan un "espíritu" que les lleve, que les motive y que dé un sentido a estas orientaciones.

Dicho esto, podríamos definir la espiritualidad religiosa (esto vale para todas las religiones) como el conjunto de principios y prácticas que están en relación con la divinidad y la transcendencia. Estos principios y prácticas caracterizan la vida de un grupo de personas en relación con sus creencias.

II. ¿QUÉ ES LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA?

Es la experiencia personal que vive un cristiano que entra en relación con Dios y su Verdad. La Palabra de Dios (la Biblia), es decir, la Revelación de Dios, desempeña un papel fundamental en este proceso espiritual. La Palabra de Dios, es siempre una invitación a la escucha y a la puesta en práctica de esta Palabra. También es una invitación a la contemplación, a la oración y a la acción. En este sentido podemos afirmar que la espiritualidad cristiana es unidad y diversidad. Unidad porque encuentra su fundamento en la Palabra pronunciada por Dios y diversidad porque puede realizarse de múltiples formas.

La espiritualidad cristiana no es el "patrimonio" de un grupo de personas con cualidades excepcionales. No es tampoco una dimensión accidental de la vida cristiana. Todo cristiano, sea cual sea su estado de vida, está llamado a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad. Porque la vida cristiana no se limita a la observación de algunos preceptos o mandamientos; es un llamamiento a vivir la plenitud de esta vida que encuentra su fuente en el Espíritu Santo recibido el día del bautismo.

Leamos y meditemos lo que nos dice el Concilio Vaticano II en la Constitución Lumen Gentium nº40 sobre **el llamamiento universal a la santidad:**

"El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que El es iniciador y consumidor: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48) [122]. Envío a todos el Espíritu Santo para que los mueva interiormente a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (cf. Mt 12,30) y a amarse mutuamente como Cristo les amó

(cf. Jn 13,34; 15,12).

Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron. El Apóstol les amonesta a vivir «como conviene a los santos» (Ef 5, 3) y que como «elegidos de Dios, santos y amados, se revistan de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia» (Col3,12) y produzcan los frutos del Espíritu para la santificación (cf. Ga 5, 22; Rm 6, 22). Pero como todos caemos en muchas faltas (cf. St 3,2), continuamente necesitamos la misericordia de Dios y todos los días debemos orar: «Perdónanos nuestras deudas» (Mt6, 12)[123].

Está, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad [124], y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena.

En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos".

III. LA IDENTIDAD DE LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

A- Una espiritualidad trinitaria

La espiritualidad cristiana no puede identificarse por un único factor o componente. Pero hay uno que es fundamental: es una espiritualidad trinitaria, es una relación personal con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Dios es el centro y la referencia absoluta de toda experiencia cristiana. Un Dios que nos ha amado el primero, que nos ha creado por amor y que por amor nos ha redimido y liberado de todos los males y esclavitudes. Un Dios que quiere darnos su propia vida para que participemos en su felicidad y que para que tengamos la vida eterna.

Toda espiritualidad cristiana empieza sobre este fundamento. Pero al mismo tiempo, la espiritualidad cristiana, es nuestra respuesta a este amor de Dios que nos quiere santificar y humanizarnos. Nuestra condición humana es tal que no podemos responder con nuestra única fuerza a la llamada de Dios. Pero Dios nos saca de nuestra ceguera y nuestra impotencia dándonos el don de las tres virtudes (=fuerza, capacidad) teologales (=don de Dios): la Fe, la Esperanza y la Caridad.

La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que Él nos ha dicho y revelado y que la Santa Iglesia nos propone, porque Él es la verdad misma. Por la fe “el hombre se entrega entera y libremente a Dios” (DV 5). Por eso el creyente se esfuerza en conocer y hacer la voluntad de Dios. “El justo [...] vivirá por la fe” (Rm 1, 17). La fe viva “actúa por la caridad” (Ga 5, 6).

El don de la fe permanece en el que no ha pecado contra ella (cf Concilio de Trento: DS 1545). Pero, “la fe sin obras está muerta” (St 2, 26).

La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y

apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo.

La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en el desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad.

La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por Él mismo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios.

Jesús hace de la caridad el mandamiento nuevo (cf Jn 13, 34). Amando a los suyos "hasta el fin" (Jn 13, 1), manifiesta el amor del Padre que ha recibido. Amándose unos a otros, los discípulos imitan el amor de Jesús que reciben también en ellos. Por eso Jesús dice: "Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor" (Jn 15, 9). Y también: "Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado" (Jn 15, 12).

La caridad es superior a todas las virtudes. Es la primera de las virtudes teologales: "Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad" (1 Co 13,13).

La caridad asegura y purifica nuestra facultad humana de amar. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino. La caridad tiene por frutos el gozo, la paz y la misericordia. Exige la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión".

B - Siguiendo a Cristo.

Dios se ha revelado de una manera única y plena en la persona de su Hijo, Jesucristo (Hb. 1, 1-3). Para conocerle nos corresponde seguirle ya que no se le conoce si no es en la medida en que se le imita y se le sigue (Jn 14, 5-11)

Seguir a Cristo es la dimensión fundamental y la más original que identifica la espiritualidad cristiana. Se sustenta en el hecho de que seguimos a un Dios hecho hombre y que ha asumido toda nuestra condición humana menos el pecado. Este hombre es Jesús de Nazaret. Es en esta persona en quien habita la plenitud de Dios. Es el modelo de nuestra vida humana y cristiana. Es por ello que el inicio de una espiritualidad cristiana sana consiste primeramente en conocer la persona de Jesús.

Cuando hacemos de Jesucristo, Dios hecho hombre, nuestro modelo de vida, la espiritualidad cristiana nos protege de un cristianismo idealista o puramente espiritualista. Nos protege también de la tentación de querer adaptar a Dios a nuestras propias imágenes, ideologías o a nuestros propios intereses. En la persona de Jesucristo se nos revela el verdadero Dios: Omnipotente y al mismo tiempo pobre. Absoluto y al mismo tiempo protagonista de una historia humana y cercano a cada uno de nosotros.

Jesús no nos enseña solamente a vivir como cristianos y en comunión con Dios nuestro Padre. Nos enseña a vivir también como seres humanos. *"En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación". Vaticano II, Gaudium et Spes n°22).*

Conocemos, en efecto, a Jesucristo, el Hombre perfecto, la Imagen de Dios invisible (Col 1, 15). En Él encontramos el sentido profundo de nuestro ser, por Él, comprendemos mejor el proyecto de Dios para el hombre.

Por tanto, conocer, contemplar (interiorizar) y seguir a Jesús es la gran tarea de la vida cristiana. En este sentido, conocer el Evangelio, contemplar la Palabra y los gestos de Jesús y ponerlos en práctica es la actitud esencial del discípulo de Jesús. En los Evangelios encontramos todo lo que ha tocado el corazón de los apóstoles y los discípulos y que ha sido puesto por escrito para nuestra Fe cristiana. "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que han tocado nuestras manos del Verbo, os lo anunciamos". (1Jn, 1,1).

"El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo —no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes— debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe «apropiarse» y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo. Si se actúa en él este hondo proceso, entonces él da frutos no sólo de adoración a Dios, sino también de profunda maravilla de sí mismo". (Juan Pablo II, "Redemptor Hominis" n°10).

C - La vida según el Espíritu

La espiritualidad cristiana es trinitaria, consiste en seguir a Cristo, Dios hecho hombre, que nos conduce hacia el Padre. Pero al mismo tiempo, también es la vida según el Espíritu Santo. Esto también es esencial para la identidad cristiana. El Cristo enviado por el Padre actúa hoy, después de su Resurrección, por su Espíritu. El Espíritu Santo es el Espíritu de Cristo que nos invita a seguirle. Dicho de otro modo, la vida cristiana consiste en seguir a Jesús (Cristo como camino) y al mismo tiempo, vivir según su espíritu. Por el Espíritu Santo no sólo imitamos a Cristo, sino que nos transformamos en Él y nos volvemos como Él, Hijos de Dios. Es lo que se llama "la vida de Gracia". Consiste en "nacer de nuevo" según la Palabra de Jesús a Nicodemo (Jn. 3, 1-15). Este nuevo nacimiento que se opera en el corazón del creyente es la obra del Espíritu Santo.

El don del Espíritu Santo también es comunitario. El día de Pentecostés, se le da a los apóstoles y a los que les escuchan. Este don es para toda la Iglesia que hoy por su acción misionera lo da a todos los pueblos.

Cuando hablamos de "vida espiritual" no nos referimos a una vida guiada por las facultades superiores del hombre, sino a una vida orientada y alimentada por el Espíritu Santo, que nos transforma en criaturas nuevas (Rm. 8,11)

Jesús también es el modelo de toda vida espiritual, en efecto, toda su vida y su actuar han estado guiados y alimentados por el Espíritu Santo. La voluntad de Jesús, en perfecta docilidad con la voluntad de su Padre y la acción del Espíritu Santo es una única y misma cosa a causa de la fidelidad de Jesús de Nazaret al Espíritu Santo.

Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús habita en ustedes, el que resucitó a Cristo Jesús también dará vida a sus cuerpos mortales, por medio del mismo Espíritu que habita en ustedes.

"Hermanos: los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu Santo habita en vosotros. El que no tiene el espíritu de Cristo, no es de Cristo. Si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justicia. Si el espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el mismo espíritu que habita en vosotros". (Rm 8, 9-11).

Vivir "según la carne" consiste en vivir solamente teniendo en cuenta los criterios de este mundo. Vivir "según el Espíritu" es vivir teniendo en cuenta el propósito de Dios encarnado en la vida y en las enseñanzas de Jesús.

Los dones del Espíritu Santo se nos dan para que tengamos la capacidad de discernir y de actuar según las enseñanzas de Jesús y de la Iglesia. ¿Cuáles son estos dones?

"La vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo. Estos son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo.

Los siete dones del Espíritu Santo son: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Pertenecen en plenitud a Cristo, Hijo de David. Completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben. Hacen a los fieles dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas.

Los frutos del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: "caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad" (Ga 5,22-23, vulg.). (Catecismo de la Iglesia Católica, n° 1830-1832)

D - La vida en la Iglesia

La vida en la Iglesia también es un componente esencial de la espiritualidad cristiana. La Iglesia es el lugar privilegiado donde actúa el Espíritu Santo. La Iglesia está asistida por el Espíritu Santo. No es una mediación arbitraria que se interpone entre la vida según el Espíritu y nosotros. Al contrario, es la garantía de esta presencia del Espíritu Santo y del hecho de que podemos seguirle sin equivocarnos. No es el Espíritu Santo pero está asistida por Él. Ella "lo encarna" y lo discierne. La Iglesia no es Jesucristo, pero por su palabra y su enseñanza, por los sacramentos y por su servicio pastoral, nos conduce a la fuente de la Vida: Cristo.

La espiritualidad cristiana no es una ideología o una simple actitud ética que puede alimentarse de cualquier fuente. La Fe cristiana y su espiritualidad se alimentan de esta fuente que es la Iglesia. Nos tranquiliza para que nuestra vida espiritual no sea algo subjetivo, sino que sea acorde al Evangelio por su magisterio (enseñanza), nos invita y nos ayuda objetivamente a seguir hoy los caminos de Evangelio.

La comunidad cristiana, las parroquias, movimientos, asociaciones, fraternidades, hospitalidades, etc... es la manera concreta en la que la Iglesia se presenta como madre y guía de nuestra vida espiritual. La espiritualidad cristiana es comunitaria porque nos ayuda a discernir las exigencias del Espíritu Santo en nuestra vida cotidiana. Nos ayuda y nos da la posibilidad de orar, de participar en los sacramentos de Cristo, de compartir la Palabra de Dios, de vivir en fraternidad, de ponernos al servicio de los más pobres, los enfermos o de cualquier realidad que toque al hombre.

"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia". (Concilio Vaticano II. Gaudium et spes n°1)

"El Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas". (Concilio Vaticano II. Gaudium et spes n°11).

IV. LAS FUENTES DE LA ESPIRITUALIDAD

Después de haber tomado conciencia de los componentes fundamentales de la espiritualidad cristiana, ahora vamos a centrarnos en descubrir la fuente. Este aspecto será evocado en un capítulo posterior. **Permitidme citar las fuentes esenciales de la espiritualidad cristiana: la Palabra de Dios, los Sacramentos, la Oración, la devoción y la vida con la Virgen María, el testimonio de los Santos y el servicio de los hermanos.**

V. LA ESPIRITUALIDAD DEL ESPÍRITU HOSPITALARIO

"El Nuevo Testamento evoca a la vez el sufrimiento por enfermedad o discapacidad, la búsqueda y el lugar ocupado por aquellos y aquellas que de una forma u otra, cuidan de quien lo necesita. Estas relaciones sobre el fondo de sufrimiento se desarrollan y armonizan alrededor de Jesús, junto a los que, en gran número, vienen en busca de curación, entrega, milagro.

Estas curaciones y milagros son a su vez el signo de que la era mesiánica ha sucedido. Así, cuando Juan Bautista envía a sus discípulos a preguntarle si es el Mesías, Jesús les responde: "Id, y haced saber á Juan las cosas que oís y veís: los ciegos ven, y los cojos andan; los leprosos son limpiados, y los sordos oyen; los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio". (Mt. 11, 4-5)

Tras esta enumeración se esconden la actividad de Jesús y las numerosas relaciones que se desarrollan a su alrededor. "llevaron ante Jesús a todos los enfermos y endemoniados y el pueblo entero se reunió a la puerta. Jesús sanó de toda clase de enfermedades a mucha gente y expulsó a muchos demonios" (Mc. 1, 32-34). Entre estas curaciones, la del paralítico presenta explícitamente varias personas sin las cuales no hubiera sido posible. Entonces Jesús se encuentra en una casa, "En esto llegaron unos hombres que llevaban en una camilla a un paralítico. Querían meterlo en la casa y ponerlo delante de Jesús, pero no encontraban por dónde entrar porque había mucha gente; así que subieron al techo, y haciendo un hueco entre las tejas bajaron al enfermo en la camilla, allí en medio de todos, delante de Jesús". (Lc. 5, 18-19).

Pero cuidar de los que sufren no se limita al hecho de transportarlo hasta Jesús. En efecto, es toda una actividad de intercesión la que se despliega, en relación con la presencia de Jesús. Cuando la suegra de Pedro está sufriendo " la suegra de Simón estaba en cama, con fiebre. Se lo dijeron a Jesús".

Es también lo que hace el centurión del ejército romano que envía varias delegaciones para que interceda en favor de sus siervos enfermos. (Lc 7, 2-10). (P.R.M. de la Teyssonnière, "La gruta de Lourdes un camino de Evangelio" pág 223-224)

La experiencia de Bernardita.

Bernardita Soubirous es la primera peregrina de Lourdes y al mismo tiempo la primera peregrina enferma que haya ido a la Gruta. Además, para ir a la gruta, siempre fue acompañada, antes de ser acogida allí. Las relaciones de las que se ha beneficiado de este

modo siguen siendo ejemplares para los peregrinos de hoy en día. Aunque para colocarse en la perspectiva de la relación que se teje entre los enfermos y los que les sirven, hay que conocer la actitud de Bernadette hacia los demás.

Por naturaleza así como por educación, Bernardita es servicial. Ya sea dentro de su propia familia como en las que se coloca, desde su más tierna edad sirve a los demás. Y eso con corazón y alegría: ella también es amada unánimemente. Sus hermanos pequeños, de los que se ocupa, la prefieren a ella antes que a su hermana Toinette. Marie Laguës, que la amamantó, siente un gran afecto por ella.

Pero su primer encuentro con la Señora en la Gruta de Massabielle supone el principio de un cambio profundo en la niña. Ese día, en el camino de regreso, ayuda a su hermana a llevar su haz de lenña no sólo por simple generosidad, sino porque acaba de recibir la gracia. Los gestos de caridad que realiza no son sólo obra suya. Como San Pablo, en este momento podría decir: "Vivo pero no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí". (Gal. 2,20).

La relación que Bernardita entabla con Toinette es una prolongación de la que María acaba de vivir con ella. En su encuentro, la Santa Virgen, la sirvienta del Señor (Lc. 1,38) su humilde sirvienta (Lc. 1,48) se da totalmente a Bernardita. Encuentro tras encuentro, Bernardita se dará cada vez más a María, en una misma actitud de servicio.

Con Toinette, Bernardita, por tanto, es capaz de actuar no por ella misma, sino por el otro al que sirve. Le cuesta tiempo, energía, fatiga para subir y bajar varias veces la cuesta que une la Gruta con el camino de Baous. Sin embargo, no son en estos términos en los que concibe su acto ya que, en ese instante, prefiere al otro antes que a ella misma y lo expresa por el darse a sí misma. Poco después, cuando Toinette cogerá una rama de la gavilla para golpear a su hermana, la actitud de Bernardita no cambiará hacia ella.

En la Gruta, si Jesucristo se encuentra en el corazón de la relación de María y Bernadette, esta relación se vive en el Espíritu Santo. Para Bernardita, su relación con María es una efusión del Espíritu Santo, como otras veces lo había sido para Isabel acogiendo a su prima. Es "el amor de Dios que se ha extendido en su corazón por el Espíritu Santo que le ha sido dado" (Rm. 5,5) lo que hace que Bernardita actúe de ese modo (P.R.M. de la Teyssonnière, op.cité, pág. 225-226).

Lourdes hoy

En la Gruta, la presencia de personas enfermas o discapacitadas y de los que les sirven no pasa desapercibida. Los primeros están sentados en una silla de ruedas o en un cochecito, algunos incluso echados en una camilla. Los segundos llevan un uniforme particular, que varía según la hospitalidad pero siempre perfectamente identificable.

Definitivamente, no se trata más que de la parte visible de un gran iceberg. En efecto, hoy en día, la mayoría de los peregrinos enfermos o discapacitados que vienen a la Gruta, no se identifica como tal. Igualmente, los hospitalarios y hospitalarias no tienen el monopolio del servicio a sus hermanos y hermanas enfermos o discapacitados, ya que este servicio es constitutivo de la gracia de Lourdes: en la Gruta todos son servidores.

Tanto los hospitalarios como las personas enfermas o discapacitadas, son un signo del amor de Dios manifestado en la cruz de Jesucristo. Y este signo está en su relación mutua.

A menudo, hace falta tiempo para abordar tal enfoque. En efecto, tal es el renombre de Lourdes que cada uno nota primero un aspecto u otro antes de llegar a tener una visión global. Los unos van a asociar esencialmente Lourdes con los enfermos, los otros con los hospitalarios. Otros no se preocuparán ni de los unos ni de los otros, buscando solamente ver milagros.

Hace falta tiempo para ver la relación que une a una persona enferma con el que la sirve. En Lourdes, lo que ven los ojos de carne, los ojos del corazón también lo deben ver: porque sólo el corazón es capaz de comprender". (P.R.M. de la Teyssonnière. op.cité, pág 229)

Una relación natural

Los gestos de los que se benefician en Lourdes, las personas enfermas o discapacitadas son una gran banalidad. Tienen que ver con la vida cotidiana: llevar una silla de ruedas; ayudar a una mano a tocar la roca; recoger un objeto que se ha caído; ajustar la manta. Nada complicado. Sin embargo, estos gestos son importantes porque, a menudo, a los que se les hace no podrían hacerlos ellos mismos.

Por eso Jesús identifica a los enfermos, a los afligidos, a quien está sufriendo llegando a decir: "Lo que le hacéis al más pequeño de mis hermanos, me lo hacéis a mí" (Mt. 25,40) En efecto "tenía hambre y me habéis dado de comer, tenía sed y me disteis de beber, era extranjero y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis, estaba enfermo y me visitasteis, estaba en prisión y vinisteis a verme" (Mt. 25, 35-36)

Pero en el Evangelio, Jesús se identifica también con los que se hacen hospitalarios con su prójimo y viven así el mandamiento del amor que él mismo cumplió entregando su vida en la cruz: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza y con todo tu espíritu, y al prójimo como a ti mismo" (Lc. 10,27)

Jesús por tanto es ese "Samaritano que acercándose al hombre al que le quitaron hasta la ropa que llevaba puesta, le golpearon y se fueron dejándolo medio muerto, le vio y sintió compasión de él. Se le acercó, le curó las heridas con aceite y vino, y se las vendó. Luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, el samaritano sacó dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: 'Cuida a este hombre. Si gastas más, te lo pagaré a mi regreso"'. (Lc. 10,30.33-35)

Para vivir personalmente esta relación en Lourdes, hay que ser uno mismo enfermo u hospitalario. Aunque Jesús da una pista cuando anuncia: "No he venido para ser servido, sino a servir, es decir, para dar mi vida por la multitud" (Mt. 20,28). Eso significa que el enfermo sirve, también él, ya que puede dar su vida. Lo hace de forma distinta al hospitalario pero, como él, da su vida. El hospitalario está en el dar, el enfermo en el acoger. Pero hay que estar en el dar para acoger, porque acoger, es darse al que se es. Y lo mismo al revés, hay que estar en el acoger para darse, porque darse, es acoger al otro tal y como es". (P.R.M. de laTeyssonnière, op.cité, pág 230-231).

Una relación espiritual

En esta relación, Jesús no se identifica solamente con el enfermo y con el que le sirve. Porque él, afirma, está él mismo en el corazón de la relación que une estos dos seres: "Cuando dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy en medio de ellos" (Mt. 1

El hospitalario realiza los gestos igual que el Cristo buen samaritano, entregando su vida por la persona a la que sirve. El enfermo, comulgando con los sufrimientos de Cristo en la cruz, entrega su vida por el hospitalario que le sirve. Así, en el mismo corazón de su relación, Jesús hace pasar al uno y al otro de su correspondiente realidad a la suya: de su realidad de sufrimientos y límites, pero también de esperas y esperanzas, a la realidad de Cristo, el "reino de Dios entre nosotros" (Lc. 17,21) donde se goza "el amor, la alegría, la paz, la paciencia, la bondad, la benevolencia" (Ga. 5,22)

En una relación así, el paso no está reservado a uno solo, sino que se ofrece a los dos, ya que el uno se lo da al otro y a la inversa. Así, el enfermo y el que le sirve no son los únicos que se benefician de esta Pascua: porque el misterio pascual que se cumple en su relación hace visible el amor de Dios manifestado en la cruz de Cristo.

En Lourdes, donde se demanda cada sentido, la vista ocupa sin duda lugar aparte. Así, a través de gestos ligados a lo más concreto de la humanidad herida, el poder del amor de Dios se hace visible y se despliega. El amor de Dios que no es otro que Dios mismo: "Dios es amor" (1Jn. 4,16). Así actúa Dios en la vida cotidiana del Santuario de Lourdes. Así toca el corazón de los que "tienen ojos para ver" (Ez. 12,2).

¿Cuántos peregrinos de Lourdes son invadidos, emocionados hasta las lágrimas al ver el misterio de la Cruz que se hace presente ante ellos? Así, en todos los lugares del Santuario, se cumple la palabra de Jesús a sus discípulos: "Felices los ojos que ven lo que vosotros veis" Porque yo os digo: muchos profetas y reyes han querido ver lo que vosotros veis y no lo han visto² (Lc. 10,23-34). P.R.M. de la Teyssonnière, op.cité., pág 232-233)

Alimento para el camino

En Lourdes, los que viven estos gestos, los realizan, viéndose beneficiarios o testigos, gozan de la presencia del Reino de Dios y tienen el corazón en paz y alegría. Es una experiencia que no se limitará a este único lugar y a este único momento. En efecto, todo lo que está en el orden del amor es para la vida eterna. Así, lo que es recibido en Lourdes a través de la relación de los enfermos y de los que les sirven, permanece en la vida eterna.

Son vidas marcadas por el sufrimiento ligado a l enfermedad, a la discapacidad o a alguna otra causa, que vienen a Lourdes regularmente para recibir la capacidad de seguir viviendo. Entre los hospitalarios y hospitalarias que están en Lourdes cada año, muchos vienen por la misma razón. Allí, los unos y los otros reciben el amor que les alimentará a lo largo del camino.

El Evangelio dice que María "guardaba y meditaba en su corazón todas las palabras de su Hijo Jesús y todos los gestos que realizaba" (Lc. 2,19,51). Al meditar así, María se dejaba alimentar por la vida que contienen estas palabras y estos hechos.

Después de la peregrinación a Lourdes, numerosos peregrinos hacen lo mismo. Al recordar de lo que se han beneficiado de un modo u otro y al meditar de lo que han sido testigos, lo que han visto, se dejan alimentar por el amor de Dios manifestado por Cristo en la cruz.

Este recuerdo y esta meditación pueden permanecer así de intensos años después del hecho y provocar la misma emoción, haciendo llorar al que regresa así a la fuentes que ha recibido de sus hermanos y hermanas.

Esta experiencia también opera en el misterio de la Comunión de los santos, ya que crea lazos espirituales entre las gentes que quizás no se han cruzado palabra. Lazos para la vida eterna". P.R.M. de la Teyssonnière, op.cité, pág 233-234).

P. Horacio Brito
Capellán de la Hospitalidad N. D. de Lourdes.